
IDENTIDAD, ESTADO, TRABAJO, TIEMPO Y ESPACIO EN LA SOCIEDAD RED: CONTRIBUCIÓN A UN DEBATE ABIERTO

Manuel Castells

Universidad de California, Berkeley

Investigué durante mucho tiempo y escribí este libro para suscitar un debate, en la sociología y en la sociedad, sobre el nuevo mundo en el que hemos entrado en este fin de milenio. Y en ese debate estoy, por escrito y de palabra, con colegas e interlocutores de diversos horizontes. En ese contexto, me interesa y me emociona particularmente un debate serio y en profundidad, con colegas de mi país, en coordinadas intelectuales y culturales comunes. Por ello quiero expresar mi más sincera gratitud a la *REIS* y a los profesores José Enrique Rodríguez Ibáñez, José Félix Tezanos y Ramón Ramos por su reflexión sobre mi obra. Mi expresión de profundo respeto se traduce en una discusión específica de las bien argumentadas críticas expresadas por cada uno de ellos.

Rodríguez Ibáñez cuestiona la relevancia de la distinción entre dos ejes analíticos: capitalismo/estatismo, por un lado; industrialismo/informacionalismo, por otro. Como él dice, ésta es en realidad una propuesta de Bell (y Touraine, antes que él), amén de Aron, y, efectivamente, no tiene nada que ver con Althusser, cuyo marco teórico no he utilizado en toda mi producción posterior a *La Cuestión Urbana* (1972). Nada especial, simplemente encontré el althusserianismo poco útil en cuanto investigué un poco más. ¿Por qué mantener la distinción entre modos de producción y modos de desarrollo cuando se ha terminado el estatismo? Por un lado, porque las transiciones históricas son complejas y los sistemas en declive se articulan a las estructuras en desarrollo. Por

ejemplo, no se puede entender la transición rusa o china sin prestar atención a las particulares formas de crisis del estatismo que influyen en el surgimiento de un capitalismo *sui generis*. Pero hay otra razón aún más importante. Y es la utilidad de mantener una vieja distinción marxista entre relaciones sociales de producción y relaciones técnicas de producción (significativamente divulgada por Bell, un antimarxista), que encuentro particularmente importante en nuestra coyuntura histórica. Porque si fundimos los dos ejes quiere decir que no hay otra forma de informacionalismo que la capitalista. Ello cierra la posibilidad de contemplar alternativas históricas de relaciones sociales de producción, dentro del nuevo paradigma tecnológico. Pero, sobre todo, da un sesgo de inevitabilidad tecnológica a la expansión del capitalismo. En el fondo, es lo que piensan los empresarios de Silicon Valley: las tecnologías de información como tecnologías de red y de libertad, sinónimo de libertad individual y de libre mercado. Ahí está Singapur para demostrar que la más avanzada tecnología de información va de la mano con el autoritarismo más acendrado. Y ahí está, por otro lado, Finlandia para mostrar la profundización de la socialdemocracia y del papel del Estado, junto a su liderazgo europeo como sociedad de la información. En suma, la distinción entre modo de producción (concepto marxista) y modo de desarrollo (concepto tourainiano) permite establecer una tensión histórica entre tecnología y relaciones sociales que desaparece si subsumimos los términos. La complejidad contradictoria de la relación entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción (todavía conceptos útiles) permite evitar un evolucionismo histórico unidimensional determinado por el cambio tecnológico.

La segunda observación crítica de Rodríguez Ibáñez se refiere a la falta de nexo causal entre los movimientos identitarios y la crisis del Estado. En mi perspectiva, dicho nexo existe, pero probablemente mal expresado e insuficientemente argumentado, puesto que Rodríguez Ibáñez no lo ha visto así.

Lo que intento decir es que la crisis del Estado-nación proviene, a la vez, de su desbordamiento por los flujos globales de capital e información y, por otro lado, del desafío de los movimientos identitarios, que son, en buena medida, una reacción a la absorción del Estado-nación en la gestión de los flujos globales, bajo el control de dichos flujos. Los movimientos identitarios profundizan la crisis del Estado-nación (más que la suscitan por sí mismos) porque cambian el principio fundamental sobre el que fue construido el Estado-nación democrático tras las revoluciones norteamericana y francesa: el principio de ciudadanía. Si la identidad constitutiva es religiosa o étnica o de género, el Estado-nación sólo se hace legítimo en la medida en que expresa esa identidad. Pero como dichos principios de identidad son específicos, la identidad ciudadana abstracta es puesta en cuestión o pasa a un segundo plano. Por ello el fundamentalismo islámico cuestiona el Estado-nación: el Estado es el instrumento de Dios, no de la nación. El caso más paradójico es, naturalmente, el de los movimientos identitarios de base territorial-histórica, que por tanto son la base del nacionalismo. En nombre del nacionalismo ponen en cuestión el Esta-

do-nación, porque en el desarrollo identitario el Estado pasa a ser el instrumento de la nación, en lugar de expresar la diversidad de los ciudadanos del Estado-nación. En algunas coyunturas históricas, movimientos nacionalistas corren Estados-nación que no corresponden a la identidad que ellos expresan, como el nacionalismo escocés con el Reino Unido o el nacionalismo quebecois con Canadá. Pero también hay nacionalismos de Estados existentes que se oponen a la predominancia del Estado sobre la nación. Ejemplo: el nacionalismo francés, opuesto a la Unión Europea, o el nacionalismo de las milicias estadounidenses, aislacionista y opuesto al papel del Estado federal como agente de la globalización. ¿Puede haber Estados-nación integradores de distintas identidades? Naturalmente; de hecho, en ese tipo de Estado vivimos en el mundo desarrollado. Pero en la medida en que se desarrollan movimientos identitarios que construyen el sentido social y la legitimidad política sobre principios alternativos, su desarrollo implica una acentuación de la crisis del Estado-nación democrático. Crisis cuya evolución es un proceso histórico abierto, aunque hago la hipótesis de su evolución hacia un Estado-red hecho de una multiplicidad interactiva de Estados-nación e instituciones políticas supranacionales y subnacionales. Tal es el Estado que parece surgir en la Unión Europea, un tema fundamental, en lo práctico como en lo teórico, e insuficientemente desarrollado en mi tercer volumen, como Rodríguez Ibáñez señala con razón.

Con José Félix Tezanos, mi amigo y compañero de muchos años y múltiples proyectos, tenemos un desacuerdo importante que no viene de nuevo. Un desacuerdo que es objetivable y de extrema relevancia, tanto analíticamente como en sus consecuencias en la sociedad: es el tema del desempleo como rasgo estructural del capitalismo informacional. Simplemente, no es cierto, con los datos en la mano. No es cierto que: «En suma, en los países desarrollados no sólo no hay trabajos suficientes para la población activa potencial tal como ésta tiene que ser definida en las actuales coordenadas culturales (es decir, incluyendo a las mujeres), sino que la calidad de muchos trabajos tiende a empeorar.» Veamos. Las dos sociedades que más han producido tecnologías de información y más las han difundido en su estructura productiva son Estados Unidos y Japón. En ambos casos ha habido un crecimiento acelerado de la participación de la mujer en la población activa, que llega en Estados Unidos al 67 por 100, la más alta del mundo tras Escandinavia. Japón, pese a la crisis y al aumento del paro, tiene una tasa de desempleo inferior al 4 por 100. Estados Unidos está en el punto más bajo de desempleo en treinta años (un 4,2 por 100 en abril de 1999): desde 1992 se han creado 12 millones de nuevos puestos de trabajo, cuyo perfil ocupacional es, en promedio, de nivel superior al de la estructura ocupacional preexistente, o sea, que se ha recualificado, no desqualificado, la población laboral. Sí, en 1998 se destruyeron 381.000 puestos de trabajo industrial, pero se crearon 225.000 nuevos puestos de trabajo *por mes*, la mayoría de ellos de más alto nivel educativo que los puestos de trabajo destruidos (el último dato es que en febrero de 1999 se crearon 300.000

nuevos puestos de trabajo en tan sólo ese mes). Tezanos se hace eco de una de las historias más rocambolescas que circulan en los medios irredentistas del izquierdismo estadounidense: habría que contar a los casi dos millones de personas en las cárceles de Estados Unidos como parados (los cinco millones y medio es contando a los que están en libertad condicional). Si se tomara en serio el argumento, habría en realidad que revisar la estadística del paro a la baja, porque la mayor parte de los encarcelados tenían trabajo en la boyante economía criminal, sobre todo en el tráfico de drogas. O sea, que si nos ponemos innovadores, entonces hay que considerar toda actividad generadora de ingresos como parte de la economía (cosa que yo intento hacer siempre que puedo, porque es esencial en muchos países), cualquiera que sea su calificación por el Estado. Y, por tanto, los puestos de trabajo de esa economía también deberían contarse, con lo que la tasa de paro en Estados Unidos se reduciría aun más, y sólo aumentaría en la cárcel porque a esos trabajadores no les dejan trabajar en lo suyo. Pero sin necesidad de ir a paradojas excesivas, hagamos un cálculo más sencillo: cuál es la proporción de población entre 16 y 64 años empleada, teniendo en cuenta todas las condiciones: el dato, en los países de la Unión Europea, está en torno al 50 por 100, mientras que en Japón está en el 60 por 100 y en Estados Unidos por encima del 60 por 100. No hay que taparse los ojos: el capitalismo informacional crea más y mejores puestos de trabajo, en particular en la economía tecnológicamente más avanzada, Estados Unidos. Ahora bien, Tezanos dice con toda razón que esto no es un consuelo para los trabajadores de los países en los que desaparecen, o se degradan, puestos de trabajo. Pero es analíticamente fundamental, porque quiere decir que, como se ha demostrado en una serie ininterrumpida de estudios micros y macros, no son las nuevas tecnologías las que destruyen empleo, sino las condiciones institucionales, las políticas macroeconómicas y las estrategias de las empresas. No es superfluo saber cuál es la causa del desempleo porque si se atribuye a las nuevas tecnologías se considera un mal inevitable o, peor, habría que frenar el cambio tecnológico. O sea, que lo que parece más progresista, la crítica del capitalismo informacional, es en realidad lo más desmoralizador porque atribuye la causa del desempleo a una imparable revolución tecnológica. Ésta no es, naturalmente, la posición de Tezanos, que, en sociólogo riguroso, matiza y analiza muy finamente. Pero es la posición de charlatanes como Rifkin, prologados y ensalzados por prohombres del socialismo europeo como Delors o Rocard. De ahí que el tema merece una polémica dura en el sentido estricto del término. No vale el argumento de que la creación de empleo es una excepción norteamericana. Y no es cierto que yo centro mi análisis en mi libro sobre Estados Unidos. Utilizo datos norteamericanos porque, al ser la economía tecnológicamente más avanzada, si hubiera destrucción de empleo por las nuevas tecnologías es el lugar donde debiera manifestarse más claramente. Pero me refiero también en mi libro a estudios del conjunto de la OCDE, así como a España, donde al fin y al cabo dirigí el primer programa de investigación sobre los efectos sociales y económicos de las nuevas tecnologías, en 1985. La

investigación posterior hecha en España sobre tecnología y empleo (Cecilia Castaño, Felipe Sáez y numerosos otros trabajos de economistas y sociólogos) converge, en su mayoría, hacia las mismas conclusiones. Y el libro en prensa de Martin Carnoy, el gran economista de izquierda de la Universidad de Stanford, sobre *Trabajo, familia y comunidad en la era de la información*, proporciona estadísticas comparadas incontrovertibles en este sentido. Incluso en la Unión Europea, en estos momentos en que madura y avanza la revolución tecnológica, se está creando mucho más empleo en aquellos países que adaptan sus instituciones laborales: Holanda tenía un 20 por 100 de paro hace una década, ahora menos del 5 por 100, naturalmente en base a una alta proporción de empleo flexible y a tiempo parcial. Inglaterra e Irlanda tienen mucho menor desempleo que los otros países, exceptuando Holanda. En 1998, Francia creó empleo a tasas comparables a las inglesas. Y España crea empleo, sobre todo, en las áreas tecnológicamente más desarrolladas, como Cataluña y Madrid. Son las regiones menos desarrolladas tecnológicamente y empresarialmente las que concentran el paro. Tezanos se refiere a la necesidad de ver las tendencias de futuro. La verdad, la futurología o similares me ponen bastante nervioso porque se suelen basar en supuestos arbitrarios y datos fragmentarios que se extrapolan indebidamente. Pero, en cualquier caso, en el tema que nos ocupa, el de la relación entre tecnología y empleo, ahora ya tenemos una perspectiva temporal para juzgar las predicciones del Club de Roma o de Adam Schaff a mediados de la década de los ochenta: no sólo no se han realizado, sino que la tendencia es exactamente la contraria, a saber, la creación de más y mejor empleo en aquellas sociedades donde se intensifica el desarrollo tecnológico. Pero dado el sentido ideológico de este tipo de predicciones, cada vez que se constata que no hay destrucción de empleo, en su conjunto, en la sociedad de la información, los agoreros del tema remiten a un futuro catastrófico, sin explicar empíricamente el fundamento de su predicción. Ahora bien, eso no obsta para constatar que hay cambios fundamentales en el trabajo y el empleo. El nuevo empleo es, en todos los países, cada vez más empleo flexible, que algunos llaman precario, en un término peyorativo que considero discutible: no todo lo flexible es precario y no todo lo precario es flexible. Y aquí sí que hay una tendencia estructural, ligada a las nuevas condiciones tecnológicas y económicas, hacia la individualización y flexibilización creciente de las relaciones laborales, hacia el trabajo autónomo, temporal, a tiempo parcial. Y hacia el frecuente cambio de empresa e incluso de ocupación a lo largo del ciclo de vida laboral. Lo cual requiere una renegociación de legislaciones laborales y de cobertura social. Pero ni la flexibilidad quiere decir empleo miserable ni es equivalente a desempleo. Más bien, es la rigidez la que genera el desempleo. Lo que es insostenible es mantener situaciones laborales rígidas en una economía informacional articulada globalmente en la que las empresas (europeas, por ejemplo) pueden diversificar sus inversiones productivas y vender en cualquier mercado desde cualquier lugar de producción: así, en 1998, las empresas europeas han comprado empresas en Estados Unidos por valor de 258.000 millo-

nes de dólares, al tiempo que, por ejemplo, en Alemania reducían la inversión. Es, pues, esencial analizar los procesos específicos de generación del paro y de la auténtica precariedad (sobreexplotación de ciertos sectores), en lugar de encontrar un chivo expiatorio (las nuevas tecnologías) tan de sentido común que carece de sentido. Reitero que José Félix Tezanos, en su propia investigación, presenta una posición muy matizada y rigurosa sobre el tema. Pero sus observaciones en esta, por otra parte excelente, crítica de mi libro despiertan ecos que, desgraciadamente, implican a la izquierda europea y no simplemente a dos colegas discutiendo un tema académico. Y, en fin, el que las nuevas tecnologías no destruyan empleo no quiere decir que no haya que plantear la reducción del tiempo de trabajo. Pero como reivindicación social justificada en nuestro tiempo histórico, no como forma de creación de empleo. Es decir, podemos plantear el repartir la nueva productividad generada por la tecnología entre mejora del nivel de vida y disminución del tiempo de trabajo. Precisamente por la importancia de esa reivindicación, si se plantea como política de empleo y se constata su ineficacia como tal política, se podría desechar en términos técnicos, cuando se trata de una posible conquista social.

En otro ámbito, Tezanos tiene razón al señalar la necesidad de actualizar mi análisis sobre el Pacífico asiático a la luz de la crisis reciente, si bien el análisis presentado en esta primera edición de mi obra puede prolongarse, siguiendo el mismo hilo argumental en la explicación de la crisis. Y, de hecho, ya he llevado a cabo esa actualización, revisando y reescribiendo enteramente el capítulo sobre el Pacífico asiático en la nueva edición inglesa, publicada en marzo de 1999, y que será incluida en la próxima reedición en castellano.

El análisis crítico de Ramón Ramos plantea problemas fundamentales, con una profundidad, precisión y rigor teóricos poco comunes. De entrada, quiero decir que he aprendido leyéndolo, que he incorporado su reflexión a mi reflexión y que espero, con el andar del tiempo y el trabajo, reformular algunas de mis propuestas en términos compatibles con las perspectivas teóricas que él señala. Pero sin esperar a esta reformulación, que será mi verdadera respuesta a los interrogantes teóricos planteados, vaya por delante una primera reacción, sobre los dos grandes temas suscitados: el análisis de la transformación del espacio-tiempo y la relación entre estructura y acción.

Sobre el primer tema, empecemos por despejar problemas terminológicos. Ramos tiene razón: no hay, y no puede haber, una sociedad sin tiempo. Y en ese sentido mi noción de «espacio atemporal» probablemente induce a confusión. Porque no quiero decir (y no creo que dije, pero a lo mejor sí, puesto que Ramos así lo entendió) que en la sociedad red desaparezca el tiempo. Lo que surge es una nueva forma social de tiempo, que yo llamo tiempo atemporal, caracterizado por la simultaneidad y la perturbación de la secuencia. Creo que se puede argumentar empíricamente la tendencia de procesos sociales a constituirse en tal forma de tiempo asintóticamente, yendo al límite. Cierto que los flujos globales de capitales toman alguna fracción de tiempo, pero cada vez menor, contando en segundos, por lo que si hacemos una razón aritmética

entre volumen de capital y tiempo empleado en su procesamiento, como indicador de cuasi-instantaneidad, el cálculo se hace infinitesimal. En sentido estricto, no hay instantaneidad absoluta y, por tanto, no habría simultaneidad, pero como expresión de tendencia social temporal me parece conceptualmente útil mostrar la compresión del tiempo hacia límites cada vez más inobservables. Por otro lado, la aleatoriedad creciente de las secuencias temporales de la acción humana y la reversibilidad de secuencia perturban fundamentalmente el orden cronológico y deshacen la previsibilidad de las conductas. Éste es el fenómeno que trato de comunicar.

Por tanto, lo esencial de mi análisis del tiempo es mostrar la transformación entre el tiempo cronológico industrial, caracterizado por la secuenciación y la medida, al tiempo informacional, caracterizado por la perturbación de la secuencia y la tendencia a la compresión hasta el límite de la cuasi-simultaneidad. A ello añado la hipótesis de Lash y Urry, sobre el tiempo glacial, como una nueva forma temporal emergente, y trato de anclarla en la práctica social a través de mi análisis del movimiento ecologista. Si en estas distinciones estamos de acuerdo, no tengo problema en dejarme de juegos de palabras como el tiempo atemporal y la efimeridad eterna. Aunque la idea de la eternidad como simultaneidad permanente no me parece descabellada (el principio y el fin del tiempo en una misma práctica/situación). Por lo que si aceptamos la tendencia estructural hacia la cuasi-simultaneidad, tal vez la caracterización de nuestra sociedad como situándose a la orilla de la eternidad (no en la eternidad) no sea totalmente arbitraria.

Un tema aún más complejo es la relación social entre tiempo y espacio. Aquí, mi hipótesis fundamental es que la práctica social de la sociedad industrial ha estado dominada por la perspectiva histórica: de dónde venimos, a dónde vamos. El proyecto, la evolución, el sentido de la historia, la marcha del progreso. Y la práctica social, doquiera que fuese, se estructuraba mentalmente y materialmente, en esa larga marcha colectiva, reflejada individualmente en el progreso individual, en la movilidad social intergeneracional. La dominación de la urbanización por la industrialización y el desarrollo de las fuerzas productivas expresa esa dominación del tiempo sobre el espacio. Mi propuesta es que en la sociedad red, donde vive la gente condiciona su temporalidad. Los ejecutivos financieros, tecnológicos y de la comunicación producen y gestionan valor en el espacio de los flujos de la comunicación electrónica y de transporte: su tiempo tiende a comprimirse. Como dijo un agente de bolsa de Tokio, el largo plazo en nuestro negocio son quince minutos. El hipertexto electrónico de los medios de comunicación se caracteriza por la efimeridad: lo que ocurrió ayer ya no es noticia; el final de una película anuncia la película siguiente. Por otro lado, quienes trabajan en las fábricas del automóvil viven el tiempo cronológico en todo su esplendor. O quienes malviven en sus aldeas africanas están sometidos al ritmo del tiempo biológico. En suma, la capacidad tecnológica de la sociedad red para conectar los nudos de creación de valor superando la geografía, al tiempo que se desconectan los lugares desvalorizados, crea dos

lógicas yuxtapuestas, la del espacio de flujos, que tiende a aniquilar el tiempo, y la del espacio de los lugares, en los que el tiempo marca la vida. Donde se vive estructura cómo se mide la vida como práctica temporal. Es en este sentido que creo percibir una inversión de la relación de dominación entre tiempo y espacio con respecto a la era industrial. El eterno presente del hipertexto electrónico (en donde historia medieval y futuro astral se mezclan en imágenes y temas, en interacción simbólica) perturba definitivamente el evolucionismo social que, tanto en las instituciones como en los individuos, secuenciaba espacios en una trayectoria temporal. Tal vez la inversión sea demasiado simplista, pero me parece que puede al menos estimular una investigación más precisa que, partiendo de esta problemática, la desmienta y supere productivamente.

El otro gran problema planteado por Ramos es realmente el problema esencial de las ciencias sociales, el dualismo estructura/acción. Tiene razón. En mi obra presto atención a ambos aspectos, pero difícilmente integro su interacción, con algunas excepciones, tales como, precisamente, la emergencia de la estructura temporal del tiempo glacial mediante la acción del movimiento ecologista. Ahora bien, en buena parte es porque, empíricamente, esa dicotomía estructura/acción la encuentro en la observación de la nueva sociedad. O sea, que no es un problema conceptual, sino que la realidad está así de esquizofrénica. En concreto: uno de mis análisis fundamentales (y en el que sigo trabajando empíricamente en este momento) es que se ha constituido un capitalista colectivo, que he decidido llamar El Autómata, que está estructurado en los mercados financieros globales, en base a circuitos electrónicos activados por percepciones y turbulencias de información, y no sólo por datos económicos e intervenciones políticas, cuyos movimientos alteran economías y sociedades en todo el mundo, sin control real por parte de gobiernos, empresas o, incluso, especuladores. En mi análisis se trata de una pura estructura, convertida en actor colectivo inconsciente. Por otro lado, los movimientos sociales de resistencia a la globalización y al capitalismo incontrolado se constituyen en torno a principios exteriores al sistema, principios identitarios, que ponen en cuestión el conjunto del sistema de valores, en lugar de establecer una relación contradictoria significativa al interior de instituciones compartidas, como fue el caso del movimiento obrero en la lucha por el control de la industrialización o del movimiento democrático en la lucha por ampliar y profundizar los mecanismos de representación en el Estado. Si el mundo se constituye realmente en torno a la red y a la identidad, la separación entre estructura y acción se sitúa en nuestra sociedad, no en mi sociología.

Dicho esto, creo sin embargo que la crítica de Ramos es pertinente, en el sentido de que una vez establecida esta clara distinción, como dato observable, es necesario investigar la acción de la identidad (así como de otros movimientos sociales) sobre la red, y la extensión de la red hacia los actores sociales. Por ejemplo, Internet está siendo, a la vez, un campo de extensión de la lógica capitalista más avanzada, y un instrumento de comunicación interpersonal, interpública e intermovimientos sociales. En un texto reciente, titulado *Grass-*

rooting the space of flows, trato de avanzar en ese sentido, mostrando la creciente utilización de la comunicación electrónica por los movimientos sociales y por la gente en su vida cotidiana. En otro texto, *Information technology and global capitalism*, aunque señalo y cuantifico la impersonalidad estructural del Autómata de los mercados financieros globales, también insisto en que uno de los principales obstáculos a su regulación no es tecnológico, sino político: la acción determinada del gobierno estadounidense y su Fondo Monetario Internacional para mantener al Autómata en automático (algo semejante a lo que ocurre en Europa con el Banco Central Europeo, cuya crítica le costó el puesto a Lafontaine). De modo que, efectivamente, aunque la constitución de la sociedad red se ha hecho en torno a la oposición externa entre red e identidad, la interacción creciente entre los dos planos, mediante acciones de actores sociales y políticos, es donde se juega realmente el proceso de cambio social, y donde los sociólogos debiéramos investigar. Confío, sin embargo, en que la construcción propuesta en mi obra permita disponer de un mapa aproximado para emprender la exploración de esos nuevos procesos históricos de luchas y proyectos sociales.

En suma, el debate sigue abierto. Y el poder suscitar este debate, con reflexiones de la seriedad y el rigor de las presentadas por Rodríguez Ibáñez, Tezanos y Ramos, era mi principal objetivo cuando escribí el libro de mi vida.

CRÍTICA DE LIBROS